

## MENÉNDEZ PELAYO Y LAS MUJERES: JOAQUINA VILUMA

Hace ya algunos años que Carlos González Echegaray (1989: 37-56) reunió los principales testimonios que nos acercan a uno de los aspectos más personales e íntimos de la vida de Menéndez Pelayo: su relación con las mujeres. El citado crítico recogía a partir de las biografías más clásicas que sobre el erudito santanderino se habían publicado (Sánchez Reyes (s.a.; 1974) y Artigas (1927; 1939)<sup>1</sup>, los epistolarios y el corpus poético del propio erudito, los principales episodios amorosos en los que Menéndez Pelayo se vio envuelto. Fuentes que apuntan a la primera aventura sentimental acaecida en 1872, cuando a los dieciséis años se enamora perdidamente de Isabel Martínez, hija de un conocido impresor santanderino que será, precisamente, el encargado de editar su tesis doctoral *La novela entre los latinos*. Joven que en los versos que le dirige aparece bajo los nombres de *Epicardis y Belisa*. Sentimiento amoroso que perdura hasta el año 1876, pues el 3 de agosto del mismo todavía le dedica su “Elegía a I. M. Epicharis laudatur; ejes pulchitudo depingitur”<sup>2</sup>. En estos versos se

<sup>1</sup> A las citadas biografías habría que añadir las ciento cincuenta y una páginas que Bonilla y San Martín introduce en la edición del IV volumen de *Orígenes de la novela* (1915) y el estudio de García Romero (1878).

<sup>2</sup> En el Apéndice “Poesías de la primera juventud (inéditas o poco conocidas)” que incluye Sánchez Reyes en la edición de las *Poesías. I. Estudios poéticos* (1955), además de la elegía mencionada, se añaden cinco sonetos dedicados a I. M.: *Donec vivan*, Santander, 10 de enero de 1875; *Tecum vivere liceat*, Madrid, 2 de octubre de 1874; *Ulcu enim vivescit*, Santander, 15 de agosto de 1874; *Iteera dum fata sinunt*, s. f.; *Tu modo sola places*, s.f. A estas composiciones dedicadas a Isabel Martínez habrá que sumarse las insertas en el mencionado tomo de *Estudios poéticos: A Epicaricis*, Santan-

transparenta el amor juvenil de D. Marcelino, quien no duda, con tal de halagar y ponderar el amor que le une a Isabel Martínez, en proclamar la superioridad de *Belisa* sobre las célebres amadas de Dante, Petrarca y Herrera (1955: 351)<sup>3</sup>. Amor que alcanza las mayores cotas de mayor intensidad en los tercetos que cierran el soneto A I. M. Dedicatoria. *Donec vivam*” fechado el 10 de enero de 1875:

*Te ví, te amé, mi corazón fue preso  
Entre los rayos de tus claros ojos,  
Entre las redes de tu crencha hermosura;*

*¡Feliz quien pueda, de tus labios rojos,  
Ebrio de amor, arrebatarse un beso,  
Y venga sobre mí la muerte odiosa! (1855: 347)*

A partir de 1878 la joven santanderina es reemplazada en el corazón de D. Marcelino por Conchita Pintado, prima segunda suya, a quien conoció a raíz de su desplazamiento a Sevilla a principios de dicho año para consultar la Biblioteca Colombina. Este nuevo amor se muestra abiertamente en varias composiciones que se incluyeron en su primer libro de versos: “A C.”, “A Epicaris” y “En el abanico de mi prima”<sup>4</sup>; composiciones que aparecen fechadas, las dos primeras, en marzo y abril de 1878, respectivamente y en las que D. Marcelino vuelve a utilizar el nombre *Epícaris* para dirigirse a su amada. Sentimiento amoroso que también

---

der 1874; *Anyoranza*, Barcelona 1873 y la versión autógrafa conservada de *A Epicaris* (Santander, 29 de diciembre de 1874) que, convenientemente retocada, dirigirá años más tarde a su prima Concha, sustituyendo, en el primer verso, el nombre de *Belisa*, anagrama de Isabel, por *en la ideal belleza*.

<sup>3</sup> El terceto que cierra el soneto dice así: Que al nombre celestial de mi Belisa/ al olvido darían su tormento/ Dante, Petrarca y el divino Herrera (1955: 351).

<sup>4</sup> La atracción inmediata que sintió por su prima se manifiesta especialmente *En el abanico de mi prima*, cuyos versos reproducimos:

*En ósculo de amor indefinible  
Se unieron nuestras almas,  
Antes de descender del bajo mundo  
A la negra morada.  
¡Cuándo será que tornen a enlazarse  
Las divididas ramas,  
Y que una misma savia poderosa  
Haga crecer a entrambas! (1855: 224)*

se manifiesta con total rotundidad en la carta que el estudioso le envía desde Santander el 1 de septiembre de 1878. El inicio de la misma no puede ser más expresivo –*Amadísima Concha, andaluza mía*– y, como en cualquier carta de enamorado, don Marcelino se queja de la ausencia de la amada, proclama su fidelidad –*¡Si supieras qué fiel te he sido!*– y la fuerza de su amor:

Yo no sabía lo que era estar dominado por un solo pensamiento. Todo lo que veo o hago lo refiero a ti, como a final objeto, y en todo descubro tu imagen [...] ¿Qué más he de decirte, Dísfima mía, sino repetir una vez y mil veces que *te amo*? [...] Dices que gustas de mis cartas, y es sin duda porque ves en ella toda la sinceridad de mi alma, y los inagotables tesoros de admiración y de amor que para ti encierra, Epícaris mía. En esto soy rico, aunque en ingenio y palabras sea tan pobre. Pero tú adivinas lo que yo siento, y pones en mis cartas, al leerlas, lo que en ellas debía haber y no hay, porque me faltó elocuencia para expresar el sentimiento que rebosa en mi corazón (*Epistolario*, 1983, vol. III: 242).

La obtención de la cátedra de Historia de la Literatura en Madrid y su posterior ingreso en la Real Academia Española dan inicio, como es bien sabido, una nueva etapa en su vida, en la que las alabanzas, los honores y aplausos a sus profundos conocimientos y erudición le brindan la amistad no sólo de los profesores e intelectuales del momento sino también de los personajes que pertenecen a la alta nobleza española. Menéndez Pelayo se convierte en el hombre de moda, rivalizando marquesas, duquesas y condesas por convertirse en amigas y protectoras a fin de atraerlo a sus distinguidas reuniones. Será, precisamente, el duque de Rivas, y sus hijas Corina, marquesa de Aranda y Leonor, condesa de Heredia, quienes le introduzcan en las famosas tertulias de la época, como también lo harán el célebre periodista *Asmodeo*, Ramón de Navarrete, y el que se convertirá con el correr del tiempo en uno de sus principales amigos y confidentes, don Juan Valera. Marcelino Menéndez Pelayo, como es bien sabido, se enamorará de algunas de las mujeres que formaban parte de este círculo distinguido, tal como se desprende del intercambio epistolar entre el propio estudioso y Valera. Círculo en el que destacan la presencia de la duquesa de Alba, la duquesa de Medinacelli, la marquesa de Cerralbo, la marquesa de Larios, la de Casa-Loring, la condesa de Velle, la condesa de Guaqui, la señora de Bauer, etc. Conviene resaltar que no es fácil identificar a las mujeres que dejaron huella en Menéndez Pelayo, pues en el mencionado intercambio epistolar los auténticos nom-

bres se enmascaran bajo seudónimos que remiten a las famosas mujeres de la antigüedad –*Hipatía, Ródopis, Raquel, Lydia, Aglágia, La Rabina, Semíramis...*–, lo que hace casi imposible rastrear en muchos casos la verdadera identidad. Esto sucede con la misteriosa *Lydia*, mujer a la que dedicó en la *Ilustración Española y Americana* un poema fechado en marzo de 1880 y al que Valera alude en una carta que dirige a Menéndez Pelayo desde Cuba el 30 de marzo de ese mismo mes (Valera; 2004: 194)<sup>5</sup>. A esta misteriosa mujer Menéndez Pelayo también dedica “Sus ojos”, abril de 1880, “Remember”, agosto de 1880, “Diffugere nives”, abril de 1881 y “Soneto”, agosto 1881<sup>6</sup>. Amor que concluye de forma abrupta, por voluntad unilateral de la dama, tal como el propio Menéndez Pelayo confiesa a su amigo Valera en la carta fechada en Madrid, 20 de septiembre de 1881:

Estoy muy malhumorado y ¿por qué no he de confesar a Vd. la causa? Lidia, conforme a la inconstancia de su natural condición, acabó por cansarse de mí ya hace meses y después de mil embrollos y farándulas, me dejó de todo punto, para irse con otro o con otros. Yo que había cometido la sandez de enamorarme perdidamente de ella, hice los imposibles por retenerla. Con esto nos fuimos agriando: díjele cosas durísimas, aunque durísimas y de todo ello resultó el quedar reñidos (pienso que para siempre), y reñido yo también, no sé cómo, con todos los de su casa (Menéndez Pelayo, V: 1883: 213).

En esta carta de Menéndez Pelayo encontramos los únicos datos que nos permiten acercarnos, aunque sin la total certeza, a la identidad de la misteriosa *Lydia*, pues se trata sin duda de un miembro de una familia a la que tanto Menéndez Pelayo como Valera están fuertemente unidos, ya que, incluso, Menéndez Pelayo teme que su pelea con *Lydia* provoque la ruptura entre ambos. Un dato importante que se desliza en ella es la alusión que hallamos a una de las hijas del duque de Rivas, Corina, el único miembro de la familia de *Lydia* que no ha mostrado indig-

<sup>5</sup> Las referencias a Lydia son numerosas en el intercambio epistolar entre Valera y Menéndez Pelayo. Vid., entre otras, las siguientes cartas: 30 de marzo de 1880, 6 de agosto de 1880, 14 de agosto de 1880, 14 de octubre de 1880, 8 de abril de 1881, y 27 de abril de 1881, 21 de marzo de 1881 y 6 de octubre de 1881 (Valera, 2004: 194, 207-208, ¿, 218, 268-269, 284-285, 300-301 y 343-344, respectivamente).

<sup>6</sup> Todas estas composiciones se encuentran en el libro *Odas, Epístolas y Tragedias* en 1883. Nosotros citamos por la edición nacional (1955: 79-82; 88-91; 83-86; 97-99; 87, respectivamente).

nación ante los reproches que él dirigió a la voluble dama y la única que, D Marcelino se muestra seguro de ello, no le negará la entrada a su casa después de estos acontecimientos. Si tenemos en cuenta estos imprecisos datos ¿podría identificarse *Lydia* con alguna de las hijas de Leonor Saavedra Cueto, marquesa de Heredia?, jóvenes que por edad y frecuente trato muy bien podrían haber despertado el amor en el joven catedrático y académico<sup>7</sup>. Quede, pues, como mera hipótesis a la espera que se pueda verificar o desechar con datos mucho más concretos. En cartas posteriores, Valera no sólo desechará las aprensiones de Menéndez Pelayo sobre su amistad, sino que intentará paliar el desengaño con frases como las que encierran la carta que desde Lisboa le dirige el 6 de octubre: “Ya en otra carta hablare también de Lydia. Hoy diré solo que Gliceria, Ródopis, Lydia y todas las demás, no merecen que un hombre del entendimiento de Vd. que tan útil y glorioso es para la patria, se atormente ni un minuto” (Valera, III, 2004: 344).

A pesar de esta amarga desilusión amorosa, poco después, enero de 1882, Menéndez Pelayo escribe un poema titulado “A Aglaia”. Una nueva dama se perfila en la vida erudito. A través de los versos que le dedica, Menéndez Pelayo da cuenta del profundo desengaño sufrido y de la autenticidad y fuerza del amor que experimentó en lo que él creía amor correspondido:

*¿Cómo olvidar que fueron  
Sus palabras de amor las que sonaron  
Por la primera vez en mis oídos  
Cifré en su pensamiento  
Cuanto de luz, de gala y esplendores  
El pensamiento crea;  
Yo la endiosé para adorarla luego (1955:100).*

*Un amor que actuó como acicate y estímulo personal del estudioso:  
Por ella ambicioné triunfos y palmas  
atar a mi cuadriga la fortuna;  
Hacer sonar ni nombre entre la ciega  
Versátil muchedumbre (1955: 100).*

Aglaia se perfila como la mujer que le hace recobrar la esperanza en el destrozado corazón del joven Marcelino, tal como se desprende de

<sup>7</sup> La marquesa de Heredia tuvo dos hijas: M<sup>a</sup> del Carmen, nacida en 1855, y M<sup>a</sup> Josefa, en 1860.

los siguientes versos: Será verdad, señora, que en el alma/Una vez y no más brotan las flores? ¿Nada dirán a mi pasión dormida/ La rubia mies, diadema de tu frente, la casta luz de tus profundos ojos? [...] No será mi pasión ciega y fogosa/Como avenida torrencial deshecha/Cual fue el hervor de los pasados días/Mas limpia fuente o cristalino arroyo/que copie tu querer como un espejo/Y se dilate mansa por la vida. La importancia de Aglaia en la recuperación emocional de D. Marcelino parece decisiva, pues, transcurrido más de un año desde la anterior composición, evoca su figura y su subraya lo que supone para él su presencia en su vida. En junio de 1882 le dedica un nuevo poema, “Nueva primavera”, en el que encontramos estos significativos versos: Hoy siento que la vida/llama a mi puerta con alegre coro/Hoy reverdece una esperanza muerta (1955: 106), para proclamar, inmediatamente, el apoyo inestimable en su recuperación. En la siempre riquísima correspondencia mantenida por D. Marcelino y D. Juan Valera encontramos algunos datos sustanciales de este episodio biográfico. Los primeros se hallan en una carta fechada en Lisboa el 6 de febrero de 1881, en la que después de señalar que ha leído unos versos dedicados a Aglaia, versos que le han resultado gratos, se pregunta sobre la identidad de la misma: “Quien es esa Aglaia. Mi curiosidad está vivamente excitada. ¿La de Guaqui? ¿La Ródopis? ¿La marquesa de Aranda?” (Valera: 2004: 366). Misterio que se desvela en la carta que Valera le envía desde Lisboa el 19 de febrero de 1882, pues el nombre de Aglaia se asimila al de *Ródopis*: “[...] Si usted no lo toma muy por lo serio, no puedo menos de alegrarme y de aplaudir que Aglaia sea nuestra Ródopis. Dichoso usted que aun tiene juventud y humor para estas cosas. Yo, a mas de viejo, estoy desengañado” (1946: 108). Se intuye por las palabras de Valera que Ménendez Pelayo podría haber cambiado el seudónimo de Ródopis por el de Aglaia para indicar el nuevo sentimiento que parece nacer en su alma por una dama a la que conocía desde tiempo atrás. La reciente publicación del epistolario completo de Juan Valera desvela la identidad de esta mujer que se enmascara bajo el pseudónimo Ródopis, identidad que corresponde a Enriqueta Roca de Togores y Corradini, condesa de Pinohermoso, de Villa Leal y de Velle (Valera: 2005. 812). Dama con la que, efectivamente, ambos correspondientes mantenían una entrañable amistad desde tiempo atrás. Si tenemos en cuenta los versos dedicados a Aglaia y las cartas que Valera y Menéndez Pelayo intercambian durante estos primeros años de la década de los ochenta se evidencia que el desengaño que produjo a D. Marcelino la veleidosa Lydia, le hizo buscar apresuradamente el apoyo emocional en una nueva

mujer que paliase el dolor y el desengaño experimentados, hallándolo dentro de las amistades que ya poseía. Un sentimiento totalmente distinto al anterior, quizás por las circunstancias personales de la dama, pues si aceptamos que Ródopis enmascara a Enriqueta Roca de Togores, ésta era mucho mayor que D. Marcelino y estaba casada, lo que explicaría que esta nueva ilusión nunca alcanzara la intensidad experimentada por Lydia y que, paulatinamente, sin estridencias, se diluya, tal como se desprende de las referencias que con posterioridad a estas fechas se encuentran en numerosas cartas, referencias en las que están totalmente ausentes las consabidas quejas y rencores de enamorado. Más que una auténtica pasión amorosa, Aglaya, se perfila como la mujer que enseñó a Menéndez Pelayo una nueva forma de establecer unos vínculos mucho más serenos, probablemente castos, entre un hombre y una mujer, que se conforman con querer y amar en la distancia, tal como se manifiesta en un verso perteneciente “A Aglaia”: Yo te amaré, pero en silencio siempre” (1955: 105).

La última mujer de la que realmente se enamoró Menéndez Pelayo con seguridad fue de Isabel Parladé y Heredia, hija del conde de Aguiar, a la que causalmente conocería cuando el mencionado conde de Aguiar le pide asesoramiento sobre el valor de unos manuscritos medievales que desea vender. Don Marcelino se enamorará perdidamente de esta joven durante su estancia en Sevilla en 1891, pero tampoco en esta ocasión la suerte le será propicia. Este nuevo desengaño parece haber marcado hondamente el ánimo de Menéndez Pelayo, pues años más tarde, 23 de enero de 1895, al llegarle la noticia del casamiento de Isabel Parladé, confiesa a Valera lo siguiente: “Me afligió mucho la boda de la Isabelita Parladé y he andado mustio y cariacontecido bastante tiempo. Cuando acabe de pasar esta penosa impresión buscaremos sustitución conveniente y agradable antes que la fría vejez se eche encima con todo su cortejo de alifafes (1946: 512-513).

El amor no sonrió a Menéndez Pelayo, pues a pesar de su popularidad entre las damas de la nobleza, que admirarían, sin duda, sus vastos saberes, no halló mujer alguna que le entregase su corazón en mutua correspondencia a sus propios sentimientos. No obstante, si nos fijamos en las mujeres con las que D. Marcelino trabó amistad, Corina y Leonor Saavedra Cueto, Ida de Bauer (*La Rabina*), Amalia Heredia (*Semíramis*), Luisita Alba, M<sup>a</sup> del Carmen Azlor Aragón e Idiáquez, Enriqueta Roca de Togores (*Ródopis, Aglaya*), Pilar Osorio Gutiérrez de los Ríos, entre otras muchas damas de la alta sociedad madrileña, es evidente que D. Marcelino disfrutaba con mujeres que poseían una especial inquietud por el

mundo de las artes y las letras. Si recordamos, como botón de muestra, la necrología que dedica a “La Duquesa de Alba”, observamos que además de subrayar su bondad, su alma recta, cristiana y española, la proclama ejemplo a seguir por los demás miembros de la clase social a la que pertenecía por su aportación al campo del saber:

La simple y descarnada enumeración de estos trabajos no puede dar una idea exacta de su valor, que es intrínseco y permanente, aun prescindiendo del círculo en que nacieron y del sexo y circunstancias personales de quien los realizó. Cualquier erudito de profesión podría envanecerse con ellos; pocos los igualan entre los publicados en estos últimos años. El método de investigación se encuentra practicado allí con todo rigor, y sin concesión alguna al vago y ameno *diletantismo*. La Duquesa de Alba, que era profundamente modesta, supo asimilarse a la mejor doctrina, y contribuyó con la enseñanza más eficaz, la del ejemplo a aclimatar entre nosotros los más adelantados procedimientos de la paleografía crítica. Con su obra firme y serena, más que virtuosa, honró los estudios históricos (Menéndez Pelayo: 1904: 3).

Joaquina de la Pezuela y de La Puente se revela como una de las mujeres que más unida estuvo a Menéndez Pelayo. Como las anteriores, Joaquina Viluma, tal como la llamaban, pertenecía a una noble familia<sup>8</sup>. Su padre, Manuel de la Pezuela y Ceballos, marqués de Viluma, fue gobernador de Santander en 1834 y, posteriormente, ejerció como embajador en Londres. En 1844 fue nombrado ministro de estado con el gobierno de Narváez; su madre, Francisca de Borja de La Puente, ostentaba el título de condesa de Casa Puente. Apenas contamos con datos sobre Joaquina Viluma, pues a pesar de ponernos en contacto con los descendientes actuales de esta ilustre familia, no hemos podido localizar documentación alguna y tampoco han podido proporcionarnos información concreta sobre su antepasada<sup>9</sup>. Si nos centramos en la prensa la figura de Joaquina Viluma aparece como contertulia en las reuniones que se

<sup>8</sup> Su abuelo paterno, Joaquín de la Pezuela (1761-1830), fue el primer marqués de Viluma, título recibido como recompensa por su heroica intervención en la batalla de Viluma el 25 de noviembre de 1815, una de las derrotas más graves que sufrieron los independentistas hispanoamericanos. Posteriormente sería nombrado virrey del Perú (1816-1821), donde permaneció hasta su regreso a España en 1821.

<sup>9</sup> Agradezco a D. Juan José Álvarez de Lorenzana y de Perinat, actual marqués de Viluma, su amabilidad en atender mis preguntas.

celebraban en los distintos palacios y mansiones de la aristocracia madrileña a las que con asiduidad acudía Menéndez Pelayo. Así, por ejemplo, en las crónicas de salón que aparecen en *Blanco y Negro* encontramos algunas noticias sobre su participación en las reuniones que se celebraban en casa de Ida de Bauer, esposa del representante en Madrid de los poderosos banqueros Rotschild, al igual que en las reuniones que se celebraban en casa de la marquesa de Casa-Loring, de la señora de Larios, de las señoritas de Casa-Bayona, entre otras muchas. En estas reseñas siempre se señala como cualidad más destacable de Joaquina Viluma su vasta cultura. *Monte-Cristo*, por ejemplo, en “De la vida romántica. Los últimos salones de Madrid” destaca a “Antoñita Caicedo, hija del marqués de este nombre, que con Joaquina Viluma, sobrina del conde de Cheste, formaban la vanguardia de las damas intelectuales” (*Monte-Cristo*: 1931: 48). Opinión que reitera de nuevo en “Vida aristocrática. El suntuoso palacio de la señora viuda de Baüer”, pues al dar cuenta de los contertulios asiduos, afirma lo siguiente:

El cáustico ingenio de D. Juan Valera, la musa fácil de Antonio Grilo, la manera *causserie* de Castro y Serrano, el gracejo de Ricardo de la Vega, la elegancia de Fernán-Flor, la *bonbomie* de D. Miguel de los Santos Álvarez, alternaban en los salones con las frases punzantes de la marquesa de La Laguna, el fértil ingenio de la condesa de Campo-Alange, la seductora gracia de la duquesa de la Torre y la cultura excepcional de Joaquina Viluma y de Antoñita Caicedo –hoy marquesa de este nombre– (*Monte-Cristo*: 1923: 27).

Excepcional cultura en una mujer que mantiene una larga correspondencia con Menéndez Pelayo, pues se conservan nada menos que setenta y nueve cartas de Joaquina Viluma dirigidas a D. Marcelino y once del erudito a esta dama<sup>10</sup>. Su amistad nacería probablemente en el seno de una de aquellas tertulias a las que ambos eran tan aficionados<sup>11</sup>, aunque también es posible que sean los lazos que don Marcelino sostiene con otros miembros de la familia Viluma los que faciliten el encuentro entre ellos. Cabe recordar que su hermano, Pedro Aniceto (1843-1902), go-

<sup>10</sup> Para referirnos a esta correspondencia citaremos por *Epistolario* (1982-1991).

<sup>11</sup> Incluso es posible que se conocieran en las tertulias que la familia de Joaquina celebraba en su propia casa, costumbre que mantuvieron aun después del fallecimiento de D. Manuel.

zó de la amistad de Menéndez Pelayo<sup>12</sup> y que su tío, Juan de La Pezuela y Ceballos, fue director de la Real Academia de Lengua entre 1847-1906<sup>13</sup>. No olvidemos tampoco que la familia Viluma procedía de Cantabria, lugar al que volvían todos los veranos, pues poseían en San Pantaleón de Aras una residencia. Todo un cúmulo de circunstancias que estrecharía la amistad entre ambos y con los miembros más cercanos a ellos, pues las referencias encontradas en las cartas cruzadas entre Joaquina y Menéndez Pelayo y entre éste y su hermano Enrique confirman una sólida relación entre ambas familias<sup>14</sup>, ya que es sumamente frecuente encontrar párrafos como el siguiente, que pertenece, precisamente, a la primera carta conservada, 9 de julio de 1895: “Reciba V. afectuosos recuerdos de

<sup>12</sup> De hecho en la mayoría de las cartas enviadas a Marcelino Menéndez Pelayo, Joaquina Viluma le transmite saludos y recuerdos de su hermano y cuando la enfermedad de este se complica durante los últimos años del siglo XIX, se convierte en tema recurrente en las mismas.

<sup>13</sup> Los contactos con D. Juan debieron ser constantes, pues además de esa larga convivencia en el marco de la Real Academia de la Lengua, no debemos olvidar que en la biografía de Juan de La Pezuela (1809-1907) conviven facetas tan dispares como político, militar, escritor y poeta. Participó como militar en la primera guerra carlista. Militó en el partido moderado, siendo nombrado ministro de Marina en 1846 y Capitán General de Madrid dos años más tarde. Durante el periodo comprendido entre 1848 y 1851 ostentó el cargo de gobernador de Puerto Rico y de 1853 a 1855 el de gobernador en Cuba. Desde 1873 hasta su muerte fue director de la Real Academia de la Lengua. Como escritor no destacó especialmente, sobresaliendo su poema *El cerco de Zamora* y su comedia *Las gracias de la vejez*. Su labor como traductor de Tasso –*La Jerusalén libertada*–, Ariosto –*Orlando, furioso*–, Dante –*La Divina Comedia*– y Camoens –*Os Lusíadas*– es, sin embargo, notable–.

<sup>14</sup> Vid., entre otras, las siguientes cartas enviadas por Enrique a su hermano. En todas ellas aparece mencionada Joaquina Viluma: 26 de marzo de 1901 (vol. 16, carta 35), 17 de octubre de 1901 (Vol. 16, carta 252), 9 de marzo de 1902 (Vol. 16, carta 398), 20 de mayo de 1902 (Vol. 16, carta 464), 9 de abril de 1903 (Vol. 16, carta 792), 17 de junio de 1903 (Vol. 17, carta 20), 20 de octubre de 1903 (Vol. 17, carta 171), 30 de octubre de 1903 (Vol. 17, carta 182), 20 de febrero de 1904 (Vol. 17, carta 346), 29 de febrero de 1904 (Vol. 17, carta 359)... Menciones a Joaquina Viluma que se dilatan en la correspondencia entre ambos hermanos y en la que se alude a la herencia que esta dama donó al propio D. Marcelino. Vid. en este sentido las cartas fechadas el 15 de febrero de 1909 (Vol. 20, carta 124), 3 de abril de 1909 (Vol. 20, carta 193), 24 de abril de 1909 (Vol. 20, carta 228), 6 de mayo de 1909 (Vol. 20, carta 247), 19 de mayo de 1909 (Vol. 20, carta 268), 14 de junio de 1909 (Vol. 20, carta 309) 11 de noviembre de 1909 (Vol. 20, carta 487), 19 de noviembre de 1909 (Vol. 20, carta 505), 1 de diciembre de 1909 (Vol. 20, carta 527), 14 de diciembre de 1909 (Vol. 20, carta 539), 14 de febrero de 1910 (Vol. 20, carta 698), entre otras.

Pedro que agradece los de V. y déselos míos al de V. y a sus Padres” (Vol. 13, nº 407).

Es evidente que la correspondencia con la que contamos para analizar esta especial relación entre Joaquina Viluma y D. Marcelino es incompleta. El número de noventa y siete cartas de Joaquina frente a las once de Menéndez Pelayo es significativo, pero sobre todo me parece llamativo el hecho de que el intercambio epistolar conservado se inicie bien avanzada la amistad/relación entre ambos corresponsales, pues nos remite al verano de 1895, con esa carta mencionada en los renglones anteriores que Joaquina envía desde su residencia en San Pantaleón de Aras a su amigo. La ausencia de las cartas anteriores, que evidentemente se han perdido —¿destruidas por el propio D. Marcelino?—, impide conocer con absoluta certeza si en el inicio de esta relación hubo algo más que pura amistad<sup>15</sup>. Lo cierto es que la familiaridad con que se dirige Joaquina Viluma a su sabio interlocutor en esta primera carta conservada indica claramente una ya larga y afianzada relación entre ellos.

Antes de analizar algunos de los aspectos más sobresalientes de este epistolario, convendría señalar que en el Museo Nacional del Romanticismo se conserva un cuadro del pintor José Elbo Peñuelas que retrata a la familia de Manuel de La Pezuela, aunque la descripción que acompaña al mismo ofrece datos confusos, pues al nombre de Manuel se antepone el de Juan, lo que crea, en principio, confusión entre los dos hermanos La Pezuela Ceballos. No obstante, la mención de su esposa, Francisca de Borja de La Puente Bustamente, disipa la inicial incertidumbre. En este retrato, que recrea el interior de una casa de la burguesía, aparece al lado de las figuras de los padres la de su hija, a la que, erróneamente, se denomina Catalina en vez de Joaquina<sup>16</sup>. Este cuadro, pues, nos ofrece, de

<sup>15</sup> La primera referencia a Joaquina Viluma que encontramos en el amplio epistolario de Menéndez Pelayo corresponde al 24 de octubre 1886, cuando José M<sup>a</sup> Cuadrado le pide a Menéndez Pelayo que transmita sus saludos a Joaquina Viluma (Vol. 8, carta 109). También Amós de Escalante, Leopoldo Augusto de Cueto, Pedro Manovel, Juan Valera, Enrique Menéndez Pelayo, entre otros, mencionan en sus cartas dirigidas a Menéndez Pelayo a Joaquina Viluma con anterioridad a 1895.

<sup>16</sup> Recordemos que el matrimonio La Pezuela La Puente solo tuvo dos hijos, Joaquina y Pedro Aniceto. Como se señala en el descriptor del cuadro, tanto Joaquina como su madre van vestidas a la moda, con mangas abollonadas y, en el caso de Joaquina, su vestido verde deja ver sus hombros.

Vid. el cuadro en el siguiente enlace: <http://ceres.mcu.es/pages/ResultSearch?txtSimpleSearch=La%20familia%20de%20Juan%20Manuel%20de%20la%20Pezuela&simpleSearch=0&hipertextSearch=1&search=advanced&MuseumsSearch=&MuseumsRolSearch=1&listaMuseos=null>.

momento, el único referente gráfico de la figura de esta inteligente y culta dama. Tampoco debemos olvidar que Joaquina de Viluma, por las circunstancias familiares, debió de gozar de una esmerada educación, pues además de la consabida instrucción de adorno, en el cuadro anteriormente mencionado se la retrata como era habitual entre las jóvenes de su época sentada ante un piano, Joaquina vivió en Londres y París, lugares que, por lo pronto, le permitirían aprender ambos idiomas. De hecho, en la carta que dirige a Menéndez Pelayo en agosto de 1895, le comenta lo siguiente: “El mío [su recreo] va a ser leer la historia de Pendennis que me prestó el Sr. De Cueto, que ha hecho las delicias de Perico; pero desgraciadamente ese recreo estará muy mermado para mí, por una traducción horripilante que no sé cómo ha podido tolerar gusto tan delicado como el de su dueño; a mí ya sabe V. que me tacan los nervios ¿Por qué no la compraría en inglés?” (Vol. 13, n<sup>o</sup> 440). Es evidente que Joaquina preferiría leer la obra de William Makepeace Thackeray en su lengua original, lengua que dominaría sin dificultad. En las cartas, además de introducir con bastante frecuencia palabras o expresiones en inglés o francés, inserta algún párrafo en italiano, idioma que también parece dominar, tal como se aprecia en la carta fechada el 14 de julio de 1902.

En la interesante correspondencia que mantienen se mezclan diversos ingredientes; por un lado, información referente a asuntos que atañen a cuestiones propiamente personales; por otro, las riquísimas referencias al mundo de las letras, bien sean referidas a la propia producción de D. Marcelino, a determinadas obras literarias, filosóficas e históricas o a las propias personalidades que animan el ambiente literario de los últimos años de siglo. Joaquina Viluma se muestra como una apasionada lectora. Difícil es encontrar alguna carta en la que no solicite a D. Marcelino el envío de libros para leer o en la que no comente los libros que en ese momento tiene entre manos. De esta forma muestra su interés tanto por obras de estudio sobre la literatura españolas como por obras de creación, especialmente por la novela. Entre los autores españoles mencionados cabe destacar a su admirado Juan Valera, al que conoce personalmente<sup>17</sup> y cuya producción literaria sigue con regularidad e interés. En el intercambio epistolar se men-

---

<sup>17</sup> Relación personal que se evidencia en la carta fechada el 20 de diciembre de 1903 que Joaquina Viluma envía a Menéndez Pelayo: “Yo he salido algunos días a hacer visitas, pero apenas he visto a nadie, sintiendo mucho que ayer que fui con Leonor a ver a Valera, Dolorcitas no estaba, y él, nos dijeron los criados que estaba acostado, y durmiendo suponían ellos, porque no estaba enfermo. Como eran las cinco y media

cionan proyectos, como la redacción de una nueva novela por parte de Valera ambientada en el siglo III, carta fechada 28 de agosto de 1895 (Vol. 13, carta 445), sobre la que Joaquina tiene dudas sobre su pertinencia, artículos editados en periódicos que despiertan su admiración, como, por ejemplo, el que ha aparecido en la *Revista Moderna* sobre los superhombres, señalando que “ya sabe V. cuanto me gustan a mí las cosas de Valera y más las de ese género de gracia en serio, en la que es inimitable” (15 de diciembre de 1897, Vol. 14, carta 409)<sup>18</sup>. Posteriormente, en carta del 19 de julio de 1899, vuelve a insistir en su admiración por Juan Valera, afirmando que con independencia del asunto que traten, serán leídos siempre con agrado por el encanto de su estilo. En esta carta Joaquina muestra admiración por ese carácter alegre, positivo, inquieto, curioso, entusiasta que muestra Valera. Una actitud ante la vida que le permite, a pesar de la edad y sus circunstancias, fantasear y escribir obras amenas y divertidas. Joaquina señala, en la mencionada carta, que “Valera se morirá siendo un niño, de lo que no ha pasado nunca en su vida” (Vol. 15, carta 399). Admiración constante que se reitera en las múltiples referencias a su obra, pues con enorme frecuencia le solicita libros de Valera o le comenta sus impresiones sobre los artículos que Valera publica en prensa, como, por ejemplo, señala al referir el contenido de uno dirigido “al niño de Isabel Vinet”. Joaquina Viluma se refiere a las graciosas recriminaciones que Valera inserta sobre la elección de los temas escogidos por Hoyos y Vinet en sus novelas, criterios que ella evidentemente comparte (13 de julio de 1903, Vol. 17, carta 51). Asimismo da cuenta de haber leído el artículo que Valera publicó en *El Imparcial* (8 de julio de 1901, Vol. 16, carta 168) sobre un autor desconocido para ella<sup>19</sup>. Si las referencias a D. Juan Valera son constantes, también Joaquina Viluma sigue la trayectoria profesional de su hijo, Luis Valera Delavat, marqués de

---

de la tarde nos pareció hora extrañísima de dormir y nos dijo una criada (nada guapa y bastante mal pergeñada) que había trabaja mucho, todo ello nos pareció muy raro”. No menos significativos a este respecto son los párrafos referidos a la herencia que los hijos de Valera han recibido de “aquel pesadísimo hermano de Dolores, de quien tanto se burlara Valera, y mucho me alegro, porque así tal vez se casa la niña, que dicen que es tan gastadora y aficionada al lujo, que sin esa oportuna herencia jamás lo hubiera logrado aquí ya” (18 de enero de 1904, Vol. 17, carta 311).

<sup>18</sup> En 1903 vuelve a hablar del artículo de Valera sobre el superhombre, señalando que le ha entretenido mucho “porque es saladísimo y tan propio suyo que me parecía estar oyéndole” (23 de julio de 1903, Vol. 16, carta 68).

<sup>19</sup> Probablemente se refiera al artículo “Revista Literaria. Huella de almas, por Francisco Acebal. Madrid. 1901”, aparecido en los Lunes del Imparcial el 17 de junio de 1901.

Villasinda, diplomático y escritor como su padre. Menciona en primer lugar sus *Sombras chinescas*, un libro de viajes que es fruto de la experiencia de Luis Valera, pues fue enviado por el gobierno español como Primer Secretario a su embajada en la capital de China para defender los intereses españoles durante la Revuelta de los Boxers en 1900. Joaquina Viluma, con gran sagacidad, apunta la posible e inestimable ayuda de su padre: “También leo con gusto *Las sombras chinescas*, en que, perfeccionado por él [D. Juan Valera] tiene que haber mucho de su niño, porque la nota personal no puede reemplazarse, y lo que él vio en aquellos extraños lugares sabe hacérsenoslo ver con claridad, contándolo en precioso estilo, donde entrará tal vez la mano paterna” (8 de enero de 1902, Vol. 16, carta 343). Posteriormente, en 1903, en el intercambio epistolar con D. Marcelino (23 de junio, 5 de julio y 13 de julio, Vol. 17, cartas 30, 44 y 51, respectivamente) comenta que le han gustado mucho los “cuentos chinos” de Villasinda, extendiéndose en los aspectos que le han impresionado favorablemente, como su facilidad narrativa para transmitir con total verosimilitud, viveza, sencillez y encanto las costumbres y modo de vivir de aquellas lejanas gentes. Es evidente que se está refiriendo a la obra de Luis Valera publicada en 1903 bajo el título de *Visto y soñado*, una colección de cuentos en el que se inserta *La esfera prodigiosa*, relato que ella menciona explícitamente y que dado su carácter fantástico es el que menos le atrae. Aun así, el balance crítico no puede ser más positivo:

Yo he concluido ya hace unos días los cuentos chinos, que me han gustado mucho a pesar de serlo no es poco decir, pues bien sabe V. lo poco aficionada que soy a lo exótico; pero están efectivamente escritos con primor parecidísimo al del propio Valera, padre, y no me extrañaría, que mucha gente crea que los ha escrito él y los he leído con grande agrado, aunque sintiendo no haberlos leído en Madrid para que fuera V. diciendo lo que significan tantísimas palabras que no conozco su verdadero sentido, aunque algunas me lo figure por el sentido de la frase misma; pero no es lo mismo, y en otras que son nombres de cosas, no hay medio de figurarse nada (5 de julio de 1903, Vol. 17, carta 44).

En las cartas conservadas no aparecen, extrañamente, menciones a las novelas que Galdós, Clarín, Pardo Bazán, Pereda o Palacio Valdés publican por estas fechas. De estos autores sólo encontramos una pequeña referencia a la faceta de Clarín como crítico literario y otra a la habilidad narrativa de doña Emilia como autora de cuentos, pues, a pesar de conocer la animadversión que D. Marcelino siente por la autora gallega,

no duda en afirmar lo siguiente al comentar la lectura de un cuento de Emilia Pardo Bazán aparecido en *El Imparcial*: “[...] por mucha prevención que V. tenga habrá de reconocer la habilidad con que está contado, y sobre todo concluido, porque en el corte es donde está la verdadera gracia de los cuentos, y en lo que ella *excelle*” (8 de julio de 1901, VI. 16, carta 168)<sup>20</sup>. Ausencia de referencias que no implica desconocimiento de los mismos, pues Joaquina Viluma da muestra en estas misivas de que la lectura absorbe buena parte de tiempo, constituyendo no sólo su entretenimiento favorito, sino también perfilándose como una necesidad vital. Igualmente no conviene olvidar que en la mayoría de las ocasiones el diálogo que sostienen ambos interlocutores se centra en los libros que D. Marcelino presta a Joaquina Viluma, lo que evidencia, por otro lado, las preferencias del erudito en materia literaria. Entre los escritores españoles contemporáneos que aparecen en estas cartas destacan los nombres de Fernán Caballero, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Enrique Gil y Carrasco, Amós de Escalante, Leopoldo Augusto de Cueto, Nicomedes Pastor Díaz, Alfonso Danvila y Enrique Menéndez Pidal. Para todos ellos tiene palabras de elogio Dña. Joaquina, pero especialmente significativas son las dirigidas al hermano de D. Marcelino, pues muestra su predilección por un tipo de literatura acorde con sus propios principios morales y religiosos. La amistad que le une a los dos hermanos Menéndez Pelayo preside las continuas referencias a la salud y circunstancias personales de Enrique, siguiendo con notorio interés su trayectoria como escritor. Parece haber leído repetidamente sus *Poesías*, libro publicado en 1886 y que en 1897 Joaquina lleva a encuadernar para preservar su integridad. Sigue con interés sus colaboraciones periodísticas a lo largo de estos años, se alegra de sus éxitos teatrales y ensalza tanto sus cuentos como su novela *La Golondrina*<sup>21</sup>. Califica sus obras dramáticas de “comedias decentes y

<sup>20</sup> Joaquina Viluma no alude al título del cuento, de manera que podría tratarse de “Profesiones. Irracional” publicado el 1 de julio de 1901 en Los Lunes del Imparcial por doña Emilia, pero también puede hacer referencia a algunos otros publicados con anterioridad a la fecha de la mencionada carta: “La puñalada (4-3-1901), “El oficio de difuntos” (11-3-1901), “El contador” (1-4-1901), “Profesiones. Perlita” (13-5-1901) y “Profesiones. Restorán” (10-6-1901)

<sup>21</sup> Vid., entre otras las siguientes cartas: agosto de 1897, 3 de agosto de 1901, 27 de agosto de 1902, 22 de septiembre de 1903, 29 de septiembre de 1903, 20 de diciembre de 1903, 9 de julio de 1904, 17 de julio de 1904, 25 de julio de 1904 y 23 de agosto de 1904. En ellas se encuentran las principales referencias a la labor literaria de Enrique Menéndez Pelayo.

de buen gusto” (28 diciembre de 1903, Vol. 17, carta 270) a propósito de la presentación de una comedia suya a premio auspiciado por *El Liberal*, tendencia que también observa en sus cuentos “escritos con sencillez y buen gusto” (20 de diciembre de 1903, Vol. 17, carta 254). *La Golondrina*, editada en 1904, es juzgada con verdadera complacencia: “¡Vaya un primor! Es cosa verdaderamente exquisita” (17 de julio de 1904, Vol. 17, carta 532). Comenta la honda impresión que le causa la triste historia narrada, “delicadamente sentida y primorosamente escrita” (17 de julio de 1904, Vol. 17, carta 532), alegrándose de que los hermanos Menéndez Pelayo les haya parecido acertado su juicio que “podrán considerar como el parecer de la mayor parte de los ignaros aficionados a leer, y que no tienen corrompido el corazón, ni embotado el sentimiento” (25 de julio de 1904, Vol. 17, carta 564). Asimismo el comentario encomiástico que emite referido a una novela de Pastor Díaz que, aunque no alude al título, se refiere a *De Villabermosa a la China. Coloquios de la vida íntima* publicada en 1855, también es altamente significativo para delinear los gustos literarios de la aventajada alumna de D. Marcelino, pues lamenta haber terminado de leer el libro de Pastor Díaz, tan de su gusto por las ideas y sentimientos que encierra, por su manera de expresarlos y porque, aunque de final triste, “es consoladora y piadosa la idea de que todas aquellas gentes simpáticas se salvan después de haber purificado y aquietado el fin de su vida” (6 de septiembre de 1904, Vol. 17, carta 609). Es evidente, tal como ella misma señala en una carta anterior referida también a la novela mencionada (23 de agosto de 1904, Vol. 17, carta 596), que D. Marcelino conoce muy bien los gustos de Joaquina Viluma, una literatura en la que la perfección de estilo se une la propagación de ideas morales y religiosas, como encierra la historia de ese calavera que protagoniza la narración de Pastor Díaz y que termina marchándose como misionero a China<sup>22</sup>.

Joaquina Viluma también muestra su conocimiento de muchos de los principales autores extranjeros, pues alentada, en la mayoría de los casos, por D. Marcelino, lee obras de Alfred de Musset, Friedrich Schiller, Victor Hugo, Bourzot, Salvador Farina, William Thackeray, Luc de Clapiers, marqués de Vauvenargues, Alphonse Lamartine, Abel-Fraçois

<sup>22</sup> Las referencias a obras clásicas de la historia literaria española no son muy numerosas, destacando entre ellas obras como *El Lazarillo*, las obras dramáticas de Gil Vicente y, especialmente el *Quijote*, cuya relectura emprende en los últimos años de esta correspondencia.

Villemain, Walter Scott, Frederic William Faber, León, Daudet, Anatole France, Giacomo Leopardi, Jonh Ruskin, Teófilo de Gautier, entre otros<sup>23</sup>. Lecturas que no solo se circunscriben a obras de creación literaria, pues Menéndez Pelayo la orienta también hacia libros de conocidos hispanistas o estudios de la literatura y de la historia en general. En este sentido cabe resaltar las menciones que en estas cartas se hallan a Fernando de la Vera, editor y prologuista de las *Obras en prosa* de Enrique Gil y Carrasco en 1883, Adolphe Monod que “es protestante o semiprotestante, de una religión vaga y asoma la oreja muy a menudo, aunque es espiritualista, al menos” (15 de diciembre de 1897, Vol. 14, carta 409), Gustavo Larroumet, escritor e historiador del arte francés, cuyo libro “vale poco” (28 de diciembre de 1897, Vol. 14, carta 418). Posteriormente en carta fechada el 15 de julio de 1901 alude de nuevo a este autor, señalando que “escribe bien, aunque algunas veces es pesado como Brunetière” (Vol. 16, carta 174), *Arvede Barine*, pseudónimo de Louise-Cécile Bouffé, autora de un libro sobre Musset –*La vida de Alfredo de Musset* (1890)– que ella lee con gusto (31 de julio de 1898, Vol. 14, carta 710), Friedrich Wolf, el filósofo y helenista alemán cuyos libros teme no le gustarán por su carga erudita cuando D. Marcelino se los envía (19 de julio de 1899, Vol. 15, carta 399). Así mismo comenta sus impresiones tras la lectura de un libro de Vauvenargues, al afirmar lo siguiente:

Tristísima impresión me ha dejado el libro de Vauvenargues que fue desdichadísimo en verdad, y todos esos trabajos y miserias, soportados sin creencias positivas, y la consoladora esperanza de otra vida mejor, debieron ser un abrumador suplicio, que llevado, aun en esas condiciones, con la resignación y la serenidad de alma, con que los llevó, le dejan a una tanta admiración, como simpatía [...] He visto marcados unos pasajes para la estética, sobre la primera aparición del subjetivismo en el sentimiento del arte, que es precisamente el motivo que me hacía a mí tan simpático este autor (13 de septiembre de 1900, Vol. 15, carta 803).

<sup>23</sup> En algunas ocasiones no sólo comenta sus impresiones, sino que emite un comentario, como sucede, por ejemplo, con la figura de Musset, pues Joaquina Viluma afirma que “el libro de Musset, que casi como penitencia me obligo a mí misma a concluir, me exaspera, cansándome la minuciosidad con que este imbécil examina y diluye tales fruslerías y tontunas, una impaciencia y aburrimiento indecible [...] Musset es un poeta encantador, un verdadero poeta; pero su teatro no me gusta más que a medias: los personajes son falsos en su mayoría y convencionales, y sobre todo antipáticos” (14 de julio de 1902, Vol. 16, carta 523).

Evidentemente se refiere al único libro publicado por Luc de Clapiers, marqués de Vauvernargues, *Introducción al conocimiento del espíritu humano* (1742). Le agrada Alfred-François Villemain, aunque no especifica a qué obra se refiere, si a su ensayo sobre Montaigne o al dedicado a Cromwell. Lee con gusto el libro del hispanista Charles Mazade, pero le aburre el libro de Monllot, pues “solo habla de La Bruyère” (15 de mayo de 1904, vol. 17, carta 447), mientras que Anatole France le parece insoportable (12 de septiembre de 1904, Vol. 17, carta 611) y su libro es calificado de “feo y perverso” (6 de septiembre de 1904, Vol. 17, carta 609). Tampoco parece satisfacerle la obra de Morel Fatio, aunque le sorprende que rechace la autoría de Hurtado de Mendoza como autor de *El Lazarillo* (25 de julio de 1904, Vol. 1, carta 564). La biografía de Cesáreo Fernández Duro sobre Colón, *Colón y Pinzón* (1883), provoca el siguiente comentario que delinea con total nitidez el carácter moral y objetividad de criterios de Joaquina Viluma:

Yo sigo leyendo la vida de Colón, no con tanto gusto el segundo tomo como el primero, por la rabia que me da fueran feos aquellos españoles, no poniendo yo en duda la verdad del caso, haya escrito lo que quiera el Sr. Duro, porque hay a través de toda la obra un espíritu de imparcialidad y justicia, que con su precioso estilo la hacen verdaderamente encantadora (30 de junio de 1904, Vol. 17, carta 519).

Tras todas estas menciones a autores y estudiosos se evidencia el aprecio por parte de Joaquina Viluma de escritores y obras próximas al Romanticismo, descartándose el envío por parte de D. Marcelino de obras que su temática y fondo ideológico, como las propiamente naturalistas, pudieran ir en contra de sus principios religiosos<sup>24</sup>.

En este intercambio epistolar son frecuentísimas también las referencias a la propia obra de Marcelino Menéndez Pelayo. Éste parece enviarle, además de la obra editada, prólogos o capítulos de estudios que lleva entre manos y que todavía no se han enviado a la imprenta. Joaquina Viluma alienta incansablemente al erudito, pero lo que más singularmente destaca en este intercambio epistolar es que, en ocasiones, sin importarle el renombre y sabiduría de Menéndez Pelayo, Joaquina Viluma recrimina la excesiva carga erudita que introduce en sus trabajos o la

<sup>24</sup> Incluso Menéndez Pelayo le confía la lectura de autores y obras de la antigüedad clásica, pues hallamos referencia a las obras de Prisciliano, Orígenes y Macrobio.

exagerada amplitud que adquieren sus prólogos y obras. Sorprende esta actitud, sólo explicable por el grado de proximidad afectiva entre ambos, pues no es frecuente encontrar este tipo de comentarios e indicaciones ni siquiera en las cartas cruzadas entre Valera y Menéndez Pelayo. Así, por ejemplo, al recibir el *Autodidacto*<sup>25</sup> que le ha enviado el estudioso cántabro señala lo siguiente:

También he recibido el *Autodidacto* que le agradezco mucho, y ya hemos leído por supuesto su prólogo, que nos ha gustado mucho [...] De todos modos, ya sabe V. que yo soy muy poco curiosa y no leo más que para mi recreo, que será difícil encuentre en obra tan remota, y traducida por bibliófilos, es decir, la suma pesadez. Ya le tengo dicho que yo no tolero más bibliófilo que V. y aun, cuando se mete de lleno en el género, lo leo a regañadientes, como algún trocito de este mismo prólogo, no con el gusto de la estética, y otros asuntos más amenos (22 de septiembre de 1900, Vol. 15, carta 814).

En reiteradas ocasiones le recuerda que no escribe sólo para eruditos o que se olvide de publicar *pesadeces* en la *Revista de Archivos y Bibliotecas*<sup>26</sup>. Así mismo le recomienda no alargar en demasía sus *Orígenes sobre la novela*, como se aprecia en el siguiente párrafo:

Pero no alargue tampoco esos orígenes de la novela, porque van a pasar las proporciones de lo que la gente puede leer, y hacerse pesados, que es lo peor de todo, por no quererse dejar absolutamente nada en el tintero, lo cual no impedirá además, que a los pocos años haya averiguado otras nuevas cosas sobre el asunto y vuelva a añadirlas, como en sus otras obras (29 de septiembre de 1903, Vol. 17, carta 145).

En estas cartas se alude, como no podía ser de otra forma, a las obras que Menéndez Pelayo está preparando o publicando en el lapso temporal en que se desarrolla la correspondencia. De todas ellas la que más agrada a Joaquina Viluma es su *Estética*, ya que alienta constantemente a D. Marcelino a no distraerse con otros trabajos y avanzar en el mencionado estudio. No obstante, también aparecen menciones a sus

<sup>25</sup> Se refiere al prólogo que D. Marcelino escribe para la edición de la traducción hecha por D. Francisco Pons Boigues, *El filósofo autodidacto*, de Abentofail, Zaragoza, 1900.

<sup>26</sup> Vid. especialmente las cartas fechadas el 10 de enero de 1903 (Vol. 16, carta 695), 10 de mayo de 1904 (Vol. 17, carta 441) y 9 de agosto de 1904 (Vol. 17, carta 584).

ensayos sobre los historiadores de Colón, Heine, Cuadrado y Grillparzer recogidos en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* y a sus trabajos sobre Lope de Vega, la *Antología de poetas líricos castellanos* y los *Orígenes de la novela*. De estos últimos mencionados también cabe destacar el interés que despierta en ella la *Antología de poetas líricos castellanos*.

Joaquina Viluma también se atreve a recriminar a D. Marcelino cuando se retrasa en la redacción de prólogos prometidos a escritores y amigos comunes, como sería el caso de Leopoldo Augusto de Cueto, pues a pesar de reconocer que sus versos no destacan por su calidad literaria, le recuerda su deber de amistad y agradecimiento:

[...] pero justo es que V. lo escriba, en agradecimiento de tanto libro como le regaló, y como V. puede decir sobre ellos mil cosas bonitas, a pesar de no serlo ellos, y de todos modos, hubiera escrito otras pesadeces eruditas, a las que se dedica ahora con exceso, puede que no sólo no perdamos, sino que ganemos mucho los aficionados a las ellas letras, lo mismo que V. cumpliendo este piadoso deber de gratitud (19 de agosto de 1903, Vol. 17, carta 102)<sup>27</sup>.

No menos significativa es la reprimenda que le dirige a propósito de su dilación a la hora de escribir un prólogo para las obras de Amós de Escalante, al señalar que su propio hermano, Enrique, le comentó:

[...] la fealdad que hace a los Escamantes haciéndoles aguardar hace siglos el prólogo para las obras de Amós, que tiene preparadas, y sin poder publicar por esta causa. ¿No le da vergüenza?... Su hermano dice que teme encontrarlos en la calle por la vergüenza que le da. No sea feo por Dios, y no vuelva a acordarse de la *Revista de Archivos* ni otros horrores de ese género, hasta que haya cumplido ese deber, y haga una coa bonita, que se lo agradecerán mucho, y yo también. Y basta de sermón que es tarde” (9 de agosto 1904, Vol. 17, carta 584)<sup>28</sup>.

<sup>27</sup> El prólogo finalmente apareció en ese mismo año, tal como se constata en Leopoldo Augusto de Cueto, *Poesías líricas y dramáticas*, con un prólogo de Marcelino Menéndez y Pelayo, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1903.

<sup>28</sup> El único prólogo que antecede alguna obra de Amós de Escalante es el que se encuentra en su tomo *Poesías*. Edición póstuma precedida de un estudio crítico por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Madrid, Vda. E Hijos de Tello, 1917. Obra que ya había sido editada en sus *Obras Completas*, Madrid, G. González y M. Tello, vol. VI, 1907.

Es evidente que Joaquina Viluma mantiene una enorme complicidad y amistad con D. Marcelino. Se alegra con el reconocimiento obtenido en sus trabajos o cuando es distinguido con algún cargo de prestigio, como cuando es nombrado vicepresidente del Ateneo o Director de la Biblioteca<sup>29</sup>. Joaquina muestra admiración y respeto por D. Marcelino, lo que no implica que, amparada por una sólida y fuerte amistad, recrimine, en ocasiones, su falta de pragmatismo, su desmesurado afán por acumular cuantos libros pueda, cayendo en poder de los avariciosos libreros o la falta de atención que presta a su salud. La especial relación de Joaquina Viluma y D. Marcelino se aprecia en las cartas de ella, pues aguarda como verdadera impaciencia las misivas del erudito, recordándole a menudo lo que las mismas significan en su vida y lo importante que para ella es su amistad, de ahí que no se canse de insistir una y otra vez que la visite cuando está en San Pantaleón de Aras. Así, por ejemplo, Joaquina reprocha al estudioso su tardanza en contestar a sus cartas, señalando lo siguiente:

Nuestra correspondencia tiene poca traza de conversación, que es lo que parece debería ser la de unas gentes que no tratan, ni tienen negocios entre sí, y solo se escriben por la costumbre de comunicarse ideas y sentimientos viéndose con frecuencia cuando están en el mismo pueblo y por mutuo afecto, que les hace tomar interés en lo que hacen o les sucede, hablando por escrito cuando no puede de palabra. Pero a V. por escrito no se le ocurre nada y cuando se separa de las personas parece que nunca las conoció, ni se le importa nada de ellas. ¡Tristísimo cosa para mí siempre esta, y mucho más ahora, que ya se lo he dicho “mi alma está triste hasta la muerte” y no tengo a quien volver los ojos en busca de interés y consuelo (27 de julio de 1897, vol. 14, carta 314).

En estas cartas Joaquina Viluma se perfila como una mujer que admira y quiere a D. Marcelino, una mujer que se atreve a dirigirse al estu-

---

<sup>29</sup> En ocasiones la noticia de un nuevo nombramiento no es recibida por Joaquina Viluma con agrado, como se aprecia en el siguiente párrafo a propósito del anticipado viaje de D. Marcelino a Madrid “por no haber renunciado a ese malhadado decanato, que para V. es una calamidad sin ventaja alguna, de ninguna especie, ni pecuniaria, ni de consideración, que no le añade a V. ya ni un ápice de la que tenía. Pero su vida de V. es un constante error, y no toma una determinación que no le sea funesta, dejándose llevar por la primera impresión con futilidades como esa idea del mangoneo y otras más absurdas, le meten en líos molestos de donde luego le cuesta salir, y basta de sermón”, (2 de septiembre de 1895, vol. 13, carta 449).

dioso con apelativos tan cariñosos como *mi querido Marcelino*, *mi niño*, *niño mío* o *niño de mi alma*<sup>30</sup>, tratamientos poco frecuentes en las cartas escritas por una mujer del siglo XIX si no se trata de epístolas amorosas. ¿Qué hubo entre ellos? No es fácil afirmar nada en este sentido, pues, como indicábamos al principio del artículo no se ha conservado carta alguna anterior a 1895, lo que nos impide conocer los iniciales momentos de esta relación. No obstante la carta que Valera escribe a Menéndez Pelayo en 1888 parece insinuar, al menos en ese momento puntual, una cierta inclinación de D. Marcelino hacia doña Joaquina, pues Valera teme “que, sin sentir, se vaya Vd. engolfando en su amistad mística y sobre sensible con Joaquina y venga a resultar otra cosa sin caer en ello” (27 de julio 1888, vol. 9, carta 299). Inclinación, atracción o cariño que en el caso de esta dama de la nobleza española se mantiene a lo largo de toda esta correspondencia.

M<sup>a</sup>. DE LOS ÁNGELES AYALA  
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

<sup>30</sup> Vid. las cartas fechadas en agosto de 1895 (vol.13, carta 440), 28 de agosto de 1895 (vol. 13, carta 445), 9 de julio de 1896 (vol. 14, carta 11), 24 de agosto de 1896 (vol. 14, carta 54), 31 de julio de 1898 (vol. 14, carta 710), 26 de junio de 1901 (vol. 16, carta 161), 14 de julio de 1902 (vol. 16, carta 523), entre otras muchas. En las escasas cartas que D. Marcelino envía a su interlocutora siempre encontramos el mismo tratamiento: Mi muy querida Joaquina. Vid., entre otras la del 6 de julio de 1897 (Vol. 14, carta 302), 6 de agosto de 1899 (Vol. 15, carta 414), 8 de octubre de 1899 (Vol. 15, carta 473), 15 de junio de 1900 (Vol. 15, carta 697), 20 de agosto de 1900 (Vol. 15, carta 779), 3 de agosto de 1906 (Vol. 18, carta 901) o 28 de julio de 1907 (Vol. 19, carta 237).

## BIBLIOGRAFÍA

- ARTIGAS, Miguel (1927), *Menéndez Pelayo*, Madrid, Ed. Voluntad, 1927.
- ARTIGAS, Miguel (1939), *La vida y la obra de Menéndez Pelayo*, Zaragoza, Heraldo de Aragón.
- ARTIGAS, Miguel y Pedro SÁINZ RODRÍGUEZ (1946), *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. 1877-1905*, Madrid, Espasa-Calpe.
- BONILLA Y SAN MARTÍN, Adolfo (1915), "Biografía de Menéndez Pelayo", IV tomo de *Orígenes de la novela*, Madrid, Editorial de Baylly-Baillièere e Hijos.
- GARCÍA ROMERO Miguel (1878), *Apuntes para la biografía de D. Marcelino Menéndez Pelayo*, Madrid, Imprenta de la Viuda e Hijo de Aguado. Reeditado en Santander, PubliCan. Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2009.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, Carlos (1989), "Menéndez Pelayo y las mujeres", en *Menéndez Pelayo. Setenta y cinco aniversario*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo-La Casuca Cántabra, pp. 37-56.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, Carlos (1994), "Menéndez Pelayo y la marquesa de Viluma", *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Extra, pp. 337-353.
- SÁNCHEZ REYES, Enrique (s.a.), *Biografía del último de nuestros humanistas*, Santander, Aldus.
- SÁNCHEZ REYES, Enrique (1974), *Biografía crítica y documental de Marcelino Menéndez Pelayo*, Madrid, CSIC.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1883), *Odas, Epístolas y Tragedias. Con un prólogo de Juan Valera*, Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull; (1955) *Poesías. Tomo 2. Odas, epístolas y tragedias*, Santander, CSIC. Edición Nacional, Vol. 62.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1904), "Necrológica. La Duquesa de Alba", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, mayo-junio, pp. 3 y ss.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1983), *Epistolario. III (Enero 1878 - Junio 1879)*, Manuel Revuelta Sañudo (ed.), Madrid Fundación Universitaria Española.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1983), *Epistolario. V (Mayo 1881 - Diciembre 1882)*, Manuel Revuelta Sañudo (ed.), Madrid Fundación Universitaria Española.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1955), *Obras Completas, Poesías. I Estudios poéticos*, Enrique Sánchez Reyes (ed.), Santander, Aldus.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1982-1991), *Epistolario*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- MONTE-CRISTO (1923), "Vida aristocrática. El suntuoso palacio de la señora viuda de Baüer", *Blanco y Negro*, 11 de marzo, pp. 27-30.
- MONTE-CRISTO (1931), "De la vida romántica. Los últimos salones de Madrid", *Blanco y Negro*, 4 de enero, pp. 45-48.

VALERA, Juan (2005), *Correspondencia. Vol. IV (Años 1884-1887)* Leonardo Romero Tobar (dir.), M<sup>a</sup> Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo (eds.), Madrid, Castalia.